

CAPÍTULO VII

Devoción a la Santísima Virgen

Podemos afirmar de nuestro amadísimo Padre que había mamado esta devoción con la leche materna. En efecto, su madre y su piadosa tía¹, ambas devotísimas de la Santísima Virgen, se habían esmerado en inculcársela suavemente desde la más tierna infancia.

En su juventud, y mientras estuvo en el hogar familiar, se limitó a honrar a María con el rezo de las breves oraciones que le habían enseñando. Pero cuando se decidió a abrazar la vida sacerdotal y entrar en el seminario, aumentó sensiblemente su devoción a la Madre de Dios, y se impuso numerosas prácticas para merecer su protección y mostrarle su afecto. Por entonces se propuso rezar diariamente el rosario, resolución que cumplió con fidelidad toda su vida. También le gustaba visitar con frecuencia a María y en sus largas conversaciones con ella, al pie de su altar, comprendió que Dios quería santificarlo y prepararlo para trabajar en la santificación del prójimo por medio de una devoción especial a esta divina Madre. Desde entonces tomó por divisa: *Todo a Jesús por María, y todo a María para Jesús*². Esta máxima nos manifiesta el espíritu que le guió y que fue la norma de conducta durante toda su vida.

Considerando a María como Madre y camino que debía llevarlo a Jesús, puso bajo su protección estudios, vocación y proyectos todos.

Diariamente se consagraba a ella y le ofrecía todas sus acciones, para que se dignara presentarlas a su divino Hijo.

En una de esas frecuentes visitas a la Santísima Virgen tuvo la inspiración de fundar una congregación de maestros piadosos³ y darles el nombre de la que le había inspirado dicho proyecto. Al sentir gusto especial en honrar a la Santísima Virgen⁴, y suponiendo que todos sentirían lo mismo, pensó que el solo nombre de María sería suficiente para atraer candidatos a la congregación que pensaba fundar. No se equivocó.

Fiel a su consigna de ir siempre a Jesús por María, al terminar el seminario mayor, una vez recibidas las sagradas órdenes, subió a Fourvière para consagrar su ministerio a la Santísima Virgen. Y cada vez que algún asunto lo llevaba a Lyon, renovaba su consagración a los pies de María, en dicho santuario.

Nombrado coadjutor de Lavalla, hizo su entrada en la parroquia en sábado⁵, e inició su sagrado ministerio el día de la Asunción, para que María bendijera sus primicias y se las presentase a su divino Hijo.

Ésta fue la pauta de toda su vida: ofrecer y confiar todos los proyectos y tareas a la Santísima Virgen y no realizar obra alguna sin habérsela encomendado.

Diariamente, en las visitas al Santísimo Sacramento, tributaba también homenaje a la Santísima Virgen. Pero como esto no le bastaba para satisfacer su piedad, levantó en su aposento un altarcito en el que colocó su imagen; y allí le dirigía fervientes oraciones, permaneciendo a menudo largo rato postrado a sus pies.

Al ver que el altar dedicado a María en la iglesia parroquial estaba destartado, mandó hacer uno nuevo a sus expensas, e hizo restaurar toda la capilla.

No lejos del pueblo, existe un santuario dedicado a la Santísima Virgen bajo la advocación de Nuestra Señora de la Misericordia⁶. El buen Padre lo visitaba con frecuencia; y varias veces a la semana, acompañado de algunos fieles devotos, subía en procesión a celebrar el santo sacrificio de la misa. A la ida cantaban el *Miserere mei*, y al regreso, las letanías de la Santísima Virgen.

Ya desde el primer año de su ministerio estableció en la parroquia el piadoso ejercicio del mes⁷ de María, por entonces poco difundido, y que, años más tarde, produciría tan copiosos frutos de salvación en Francia y en todo el mundo cristiano. Cada mañana dirigía él mismo este ejercicio⁸. Con tal motivo distribuyó por la parroquia numerosos ejemplares de un librito titulado *Mes de María*⁹ y otras obras propias para inspirar devoción a la augusta Madre de Dios. De este modo, muy pronto el ejercicio del mes de María se celebraba en todos los caseríos¹⁰, e incluso cada familia erigió su oratorio donde se reunía al caer la tarde ante la imagen de la Reina del cielo para implorar su protección, cantar sus alabanzas y meditar sus privilegios y bondades.

Al fundar el Instituto, hizo del mes de María un acto comunitario, e incluso implantó su celebración en las escuelas, consignándolo en un artículo de Regla en estos términos: “Todos los Hermanos se esmerarán en hacer cuidadosamente el mes de María, y procurarán que sus alumnos lo hagan también con gusto y devoción.”¹¹

* * *

Al igual que todos los santos, estaba persuadido de que la devoción a María es señal de predestinación; y le gustaba repetir esta consoladora verdad en sus instrucciones. Seguramente por esta razón se esforzaba tanto en dar a conocer y hacer amar a esta augusta Virgen e inspirar a sus feligreses y a los Hermanos confianza ilimitada en su protección. Más aún, estaba convencido de que todos los Hermanos que tuvieran la dicha de morir en el Instituto se salvarían. Se le oyó decir en diversas ocasiones: “Confío en que María no dejará perecer a ninguno de los que perseveren hasta la muerte en su vocación y salgan de este mundo revestidos con su librea.”

Éstas son las razones en que basaba su idea –puede comprobarse por su solidez lo apropiadas que son para justificar aquella confianza–:

1.º *La vocación a la vida religiosa* es, en sentir de los santos, señal de predestinación.

2.º *La especial devoción* que el Instituto profesa a María, las numerosas prácticas de piedad establecidas para honrarla y merecer su protección. “Si vemos –decía– que tantos cristianos se salvan porque han sido constantes en rezar a esta Virgen poderosa o practicar en su honor algún acto de virtud, ¿cómo va a perderse un Hermano que reza diariamente el rosario, el oficio y otras plegarias; que consagra un día cada semana a la divina Madre y celebra sus fiestas con especial devoción?”

Si, por una maldad infrecuente, alguien abusara de tantos medios de salvación como le ofrece su santo estado, es de esperar que las oraciones y buenas obras de sus Hermanos le alcanzarán la conversión. Mi parecer es que así sucederá o que el Hermano se retirará del Instituto.”¹²

3.º *La promesa de salvación vinculada al santo escapulario*. Ante todo, porque todos los Hermanos llevan este santo hábito; y luego también porque, si la Santísima Virgen preserva de la eterna condenación a quienes llevan el escapulario, con mayor razón librará a quienes, además del escapulario, llevan también su nombre, su hábito, viven en su casa, diariamente le rinden homenaje, trabajan por hacerla amar y extender su devoción entre los niños y practican infinidad de acciones encaminadas a honrarla y alcanzar su protección.

4.º *La experiencia del pasado*. “Recordad –decía– a cuantos han fallecido en el Instituto; consultad los registros de defunciones y decidme si hay uno solo cuya muerte haya dejado inquietud acerca de su eterno destino. No, gracias a Dios no hay ninguno; y todos esos buenos Hermanos han muerto con disposiciones muy cristianas y tranquilizadoras. Podemos incluso añadir, para gloria de María, nuestra buena Madre, que la mayoría ha muerto con señales visibles de predestinación.”

* * *

Como confirmación de estas palabras, podríamos traer aquí numerosos testimonios; nos conformaremos con uno solo.

En 1838, el Hermano Justino¹³, Director de la escuela de Perreux, cayó enfermo de una tisis pulmonar, que en poco tiempo lo llevó a las puertas del sepulcro. Consciente de la gravedad de su estado, el buen Hermano, como perfecto religioso, se dispuso a bien morir. Uno de los Hermanos lo animaba a pedir a Dios su curación. “Me cuidaré mucho de hacerlo –le respondió–. ¿Para qué quiero la salud? Me basta con cumplir la voluntad de Dios. Si usted supiera la dicha que siento de poder sufrir algo por Nuestro Señor y morir para verlo en el cielo, no se le ocurriría hablarme de pedir la curación.”

Embargado con estos sentimientos, pasó los últimos días de su vida en diálogo permanente con Jesús y María. Ya había recibido los últimos sacramentos y le habían aplicado la indulgencia *in articulo mortis*. Con el crucifijo y el rosario en las manos, esperaba con ansias el momento de partir para el cielo. Hacia la medianoche del 23 de junio, los que lo velaban, al verlo sumido en profundo recogimiento, lo llaman, le preguntan, y, por las respuestas que reciben, se cercioran de que se halla plenamente consciente. Como sabían que le gustaba conversar con Dios, lo dejan tranquilo, limitándose a no perderlo de vista. Tras media hora de contemplación, su rostro se anima y aparece radiante, junta las manos, hace por incorporarse y sonríe repetidas veces. Los Hermanos que lo velan le preguntan qué quiere y por qué sonríe. “Sonrío –les respondió– porque estoy viendo a la Santísima Virgen; está ahí, viene a buscarme.” Momentos después se dormía apaciblemente en el Señor con la sonrisa en los labios y los ojos fijos en el punto donde dijo que veía a la Santísima Virgen.

Testigo de tan preciosa muerte, un postulante, cuyo comportamiento dejaba mucho que desear y cuya vocación se hallaba tan vacilante que había pedido retirarse en diversas ocasiones, se sintió completamente transformado.

El mismo día, muy de madrugada, fue al encuentro del Padre Champagnat para asegurarle que quería vivir y morir en el Instituto. Le suplicó que lo admitiese en el noviciado, le diese el nombre del Hermano que acababa de fallecer y lo enviase a las misiones de Oceanía. La conversión de este Hermano joven¹⁴ fue definitiva: desde ese día fue otra persona y obtuvo los tres favores que había solicitado.

* * *

No sorprenderá tanto esta seguridad del Padre Champagnat respecto a la salvación de los miembros del Instituto si se conocen las prácticas que ha prescrito a los Hermanos para honrar a María y merecer su protección.

En sentir del piadoso Fundador, todo en el Instituto debe ser propiedad de María y todo debe emplearse en su gloria. Amar a tan augusta Reina; servirla y propagar su culto, según el deseo de la Iglesia, como medio excelente de amar y servir más fácilmente a Jesucristo: tal fue el fin que se propuso al fundar su congregación. Con estas bases, quiso que los Hermanos considerasen a la Santísima Virgen como Madre, patrona y modelo; más aún, que tuvieran para con ella los sentimientos que los permitan llamarla Madre, patrona, modelo y primera superiora¹⁵. Partiendo de estos principios, se establecieron en el Instituto las siguientes prácticas en honor de María:

Ya de mañanita, se le consagra el día entero con el canto de la *Salve Regina* en las comunidades numerosas o el rezo de las *tres avemarías*. Otro tanto deben hacer por la noche, antes de acostarse. El oficio, el rosario, el rezo del *Ave María* al dar las horas, y algunas oraciones más, son el tributo de admiración que los Hermanos le ofrecen cada día. Todos los ejercicios de piedad, y la mayor parte de los ejercicios comunitarios, concluyen con el *Sub tuum*¹⁶.

El sábado está dedicado de modo especial a honrar a María. En este día se le ofrecen plegarias especiales para obtener la hermosa virtud de la pureza. Y todos los Hermanos

ayunan. Si alguien se encuentra impedido, debe obtener permiso para sustituir el ayuno por alguna oración o acto de virtud. El sábado es también día de comunión¹⁷ para quienes tienen permiso de recibirla.

Todos los miembros del Instituto deben celebrar sus fiestas con santa alegría y respeto, amor y gratitud filiales. Prescribe la Regla que los Hermanos se preparen a ellas con una novena u otra práctica de piedad. La víspera se ayuna. El día de la fiesta, después de la comunión, deben renovar personalmente los votos y consagrarse a tan tierna Madre. En las casas de noviciado son de guardar las cinco principales fiestas¹⁸ de la Santísima Virgen, y esos días se celebran los oficios con gran solemnidad. Todos los Hermanos del Instituto deben dedicar enteramente estos días santos a honrar a su divina Madre, ya con la lectura de algún libro que trate de sus glorias o dando a los alumnos alguna instrucción sobre el tema de la fiesta y las ventajas de la devoción a María.

A todas estas prácticas establecidas en el Instituto para honrar a la Madre de Dios, era deseo del piadoso Fundador –y así lo prescribió– que se añadiesen dos cosas indispensables, y que, según él, deben ser el complemento del culto a María, y consecuencia de la devoción que se le profesa.

La primera es la imitación de sus virtudes. Desea el Fundador que el amor de los Hermanos a María los mueva sobre todo a asimilar su espíritu y a imitar su humildad, modestia, pureza y amor a Jesucristo. La vida pobre y oculta de la divina Madre y los ejemplos sublimes que nos dejó deben ser la norma de conducta de los Hermanos, y de tal modo deben esforzarse en parecerse a ella que todo, en sus actos y persona, recuerde a María y reproduzca su espíritu y sus virtudes¹⁹.

La segunda es que los Hermanos se sientan especialmente obligados a hacerla conocer y amar, extender su culto e inspirar su devoción a los niños²⁰.

* * *

He aquí algunos pensamientos de nuestro venerado Padre respecto a este interesante tema:

“La salvación procede de los judíos²¹, decía nuestro divino Salvador a la samaritana. Queridos Hermanos, con mucha mayor razón, nosotros podemos decir que la salvación viene de María. De ella nació Jesús; por ella bajó del cielo para salvar a los hombres; por su medio e intercesión realizó la primera aplicación de sus méritos en la santificación de san Juan Bautista²²; por sus ruegos realizó su primer milagro²³, desde lo alto de la cruz la confía a todos los hombres, en la persona del discípulo amado²⁴, para darnos a entender que es nuestra Madre, y que, por medio de ella, quiere otorgarnos su gracia y aplicarnos los méritos de su muerte y de su cruz. Pues bien, si las gracias se conceden por medio de María, y si para salvarnos necesitamos su intercesión, como lo afirman los Santos Padres de la Iglesia, hemos de concluir, con san Alfonso de Ligorio²⁵, uno de los mayores santos de nuestra época, que la salvación de los hombres depende de su devoción a la Santísima Virgen y de la confianza sin límites en su protección. Por eso, si tenéis la dicha de infundir esa preciosa devoción en el corazón de los niños, los habéis salvado. Pues, una de dos: o no se apartarán demasiado del camino de la virtud, o regresarán a él por medio de aquella a quien a Iglesia invoca como Madre de misericordia y refugio de pecadores.”²⁶

Para que los Hermanos lograran infundir la devoción a la Santísima Virgen, quería el Padre Champagnat que aprovecharan todas las ocasiones para hablar de ella a los niños y les dieran frecuentes enseñanzas con este objetivo; que hicieran interesantes sus instrucciones y las confirmaran con ejemplos bien escogidos de la vida de los santos.

A menudo se servía de estos ejemplos, los refería tan oportunamente y sacaba aplicaciones tan claras y atinadas, que era una delicia escucharle.

El celo en propagar la devoción a la Santísima Virgen no sólo es un medio para ganar a los niños para Dios, sino también un manantial de bendiciones para el catequista. El Padre no dejaba de recordárselo a los Hermanos:

“¿Quiere usted –escribía a uno de ellos– que Dios bendiga su escuela y derrame sobre usted y los Hermanos el espíritu de piedad? Inspire a sus alumnos la devoción a la Santísima Virgen.” “Si tiene celo en hacer honrar a María –escribía a otro–, triunfará de las tentaciones que lo acosan, perseverará en su hermosa vocación, será feliz en el estado religioso y la Santísima Virgen le concederá gracias especiales. Si la Santísima Virgen se muestra bondadosa con todos, ¡cuánto más misericordiosa se mostrará con aquellos que, no satisfechos con servirla, trabajan también en hacerla amar y honrar por los demás!”²⁷

Como se ve, el Padre Champagnat no hacía consistir la devoción a la Santísima Virgen en sólo prácticas externas; quería, además, que se esmerasen en imitar sus virtudes y pusieran mucho celo en extender su devoción. Sin embargo, como estas prácticas contribuyen no poco a alimentar la piedad y merecer la protección de María, y como sin ellas no existe verdadera devoción a la Santísima Virgen, quería que se cumpliesen estrictamente y con gran devoción.

Como ya hemos dicho, hubo quienes le insistieron para que suprimiere el oficio de la Santísima Virgen, pero nunca lo consintió. Recomendaba continuamente a los Hermanos que no lo omitieran nunca y les animaba a rezarlo con toda piedad y devoción posibles. “Acordaos –les insistía– de que lo que pronunciáis es palabra de Dios, y que esas fórmulas para orar y honrar a la Madre de Dios están inspiradas por el Espíritu Santo”

Lo mismo recomendaba respecto del rosario²⁸. Quería que los Hermanos lo llevaran siempre consigo, lo mismo que el escapulario. “Si por cualquier imprevisto o por ocupaciones extraordinarias –les decía– no habéis tenido tiempo de rezarlo completo, rezad dos o tres decenas; y si ni siquiera esto os resulta factible, rezad tres avemarías o, al menos, tomad el rosario y besadlo antes de acostaros; de ningún modo dejéis por completo esta oración. Quien ama a María tendrá siempre a la vista algún objeto que le recuerde a su divina Madre, y llevará consigo, día y noche, el rosario y el escapulario. El rosario y el escapulario son armas de salvación que nos defienden contra las tentaciones, y, a menudo, basta con tomarlas en la mano o sólo recordar que se las lleva, para hacer huir al enemigo.”

Un día se encontró a un Hermano que no llevaba el rosario, por haber cambiado de hábito. “Si amara a la Santísima Virgen –le dijo–, si supiera lo útil que le puede resultar el rosario en los momentos de peligro y las bendiciones que le atrae cuando lo lleva, no lo dejaría olvidado con tanta facilidad.”²⁹

¿Puede sorprenderse alguien, después de lo que acabamos de ver, de que el buen Padre tuviera tal confianza en María? Era tan ciega que nada le parecía imposible con la ayuda de la Virgen. Se le oyó decir repetidas veces: “Aunque toda la tierra estuviera contra nosotros, nada hemos de temer si la Madre de Dios está con nosotros.”

* * *

Tras los acontecimientos de 1830, como la congregación no tenía el reconocimiento gubernativo, corrieron rumores de que iba a ser disuelta. Efectivamente, el prefecto de Loira³⁰, ya por haber recibido orden ministerial, ya por dejarse llevar de las perversas inclinaciones de su corazón y del odio que tenía a todo lo religioso, estaba decidido a cerrar el noviciado.

En esta situación, en vez de asustarse y desanimarse, el Padre Champagnat acude, como de costumbre, a la Santísima Virgen y le encomienda la comunidad. Habiendo reunido a los Hermanos, que ya empezaban a inquietarse, les dijo: “No os apuréis por las amenazas, ni tengáis miedo ante el futuro; María, que nos ha reunido en esta casa,

no consentirá que seamos expulsados de ella por la maldad de los hombres. Redoblemos nuestra fidelidad honrándola, mostrándonos auténticos hijos suyos por la imitación de sus virtudes; reavivemos nuestra confianza en ella; recordemos que es nuestro Recurso ordinario. Para merecer su protección y alejar de nosotros todo peligro, antes de la meditación, cantaremos cada mañana la *Salve Regina*.”

Fue la única precaución que adoptó. Y María, en quien había depositado toda su confianza, jamás lo abandonó: el prefecto fue trasladado³¹ y nadie molestó a la comunidad. Desde entonces se mantuvo la costumbre de cantar la *Salve Regina* y se convirtió en artículo de Regla³².

Cuando había encomendado a la Santísima Virgen algún asunto, cualquiera que fuera el cariz que tomara, permanecía sereno, totalmente confiado. “No tengáis miedo alguno –decía–; las apariencias están contra nosotros, pero María lo solucionará todo, y sabrá superar las dificultades, dominar los acontecimientos y hacerlos redundar en favor nuestro.”

Por eso, en las necesidades, en las circunstancias difíciles, recurría siempre a María; sólo a ella, después de Dios, quería debérselo todo. Todo lo esperaba de su protección. MARÍA ES NUESTRO RECURSO ORDINARIO³³ era su expresión favorita. En toda circunstancia, después de animarlos a pedir las virtudes o las cosas temporales que necesitaban, se le oía repetir a los Hermanos: “Ya sabéis a quién tenemos que acudir para alcanzar favores, a nuestro Recurso ordinario. No temamos acudir demasiado a ella, pues su poder es ilimitado, e inagotables su bondad y el tesoro de sus gracias. Además, tiene la misión de atendernos, pues es nuestra Madre, patrona y superiora, y contamos con ella para todo. Esta comunidad es obra suya; ella nos ha reunido; por eso nos debe conceder las virtudes que quiere que practiquemos³⁴, lo mismo que los recursos temporales que necesitamos.”

El piadoso Fundador consideraba la devoción a María y el deseo de servirla y vivir bajo su amparo, como señales de vocación. Una vez preguntó a un postulante:

– ¿Por qué se le ha ocurrido venir a nuestra congregación, que es la más pequeña de todas?

– Vengo a su comunidad –le respondió el joven– porque lleva el nombre de María; porque quiero llevarlo yo también y vivir bajo la protección de esa divina Madre.

– Siendo así –repuso el Padre–, ¡ánimo, amigo!; María lo bendecirá, será feliz en su Instituto, y llegará a ser un excelente religioso.

Otro joven pedía con insistencia ser admitido en el Instituto, pero el Padre se resistía a aceptarlo porque no lo conocía ni traía cartas de presentación.

Afligido por un rechazo que no se esperaba, el postulante se echó a llorar insistiendo en que no quería volver al mundo. Sorprendido y satisfecho al mismo tiempo por esta reacción, el Padre, después de hacerle varias preguntas, acabó diciéndole:

– Al menos traerá la bolsa bien repleta para pagar la pensión del noviciado...

– Sólo tengo una moneda de veinte céntimos, respondió el joven.

– ¿Ama usted a la Virgen? –repuso el Padre.

Ante esta pregunta, el postulante rompió a llorar con mayor fuerza.

– ¿Ama usted a la Virgen?, le preguntó el Padre por segunda y tercera vez.

– Sí, señor –respondió resueltamente el postulante–; por eso he venido precisamente aquí.

– Está bien, amigo mío –le dijo el Padre–; traiga esa moneda; lo admito; pero nunca olvide que ha venido para amar y servir a María y que para eso ha sido usted admitido en este Instituto³⁵.



Vamos a terminar este capítulo con un rasgo significativo de la protección de María en favor de nuestro venerado Padre.

Corría el mes de febrero de 1923. Uno de los Hermanos de Bourg-Argental³⁶ se hallaba gravemente enfermo. El Padre Champagnat no quería dejar morir a su hijo sin el consuelo de verlo y darle su bendición.

Hacía mal tiempo y el suelo estaba cubierto de nieve, lo que no le arredró para emprender el camino a pie e ir a la cabecera del enfermo, en cuanto se enteró de que estaba en peligro. Después de bendecirlo y consolarlo, se dispuso a regresar a Lavalla, por más que porfiaron en disuadirle, por la cantidad de nieve caída aquel día y del persistente temporal. Llevado de su audacia, el Padre decidió no hacer caso de los ruegos de los Hermanos ni de los consejos de sus amigos. Pronto se arrepentiría.

Para regresar a Lavalla, en compañía del Hermano Estanislao, tuvo que cruzar los montes Pila³⁷. Apenas habían transcurrido dos horas de marcha³⁸, se extraviaron. Incapaces de dar con rastro alguno de camino, anduvieron a la deriva o, más bien, a la buena de Dios. Una fuerte cellisca les daba en la cara y les impedía ver hacia dónde caminaban, hasta el punto que no sabían si adelantaban o retrocedían. Después de varias horas de andar perdidos, el Hermano se sintió tan desfallecido, que el Padre Champagnat tuvo que tomarlo del brazo para guiarlo y mantenerlo en pie. Pero pronto, transido de frío y asfixiado por la nieve, también él se sintió desfallecer, y tuvo que detenerse. Se dirigió al Hermano y le dijo:

“Querido amigo, si la Santísima Virgen no viene en ayuda nuestra, estamos perdidos. Acudamos a ella y supliquémosle que nos saque del peligro en que nos hallamos de perder la vida cubiertos por la nieve, en medio de estos bosques.”

Al decir estas palabras, sintió cómo el Hermano se le iba de las manos y se desplomaba de cansancio. Lleno de confianza, se pone de rodillas al lado del Hermano, que parecía haberse desvanecido, y reza fervorosamente el *Acordaos*. Después, trata de incorporar al Hermano y hacerlo caminar. Apenas habían dado diez pasos, vieron una luz que brillaba no lejos de allí, pues era de noche. Se encaminan hacia la luz y llegan a una casa³⁹, donde pasan la noche. Ambos estaban congelados de frío; y el Hermano, sobre todo, tardó en recobrase.

El Padre Champagnat confesó en diversas ocasiones que de no haberles llegado la ayuda en el momento preciso, ambos hubieran perecido, y que la Santísima Virgen los había librado de una muerte segura⁴⁰.

ANEXO 1

Los santos consiguieron la santificación del mundo por medio de la devoción a la Santísima Virgen.

San Vicente Ferrer consideraba y propagaba la devoción a la Santísima Virgen como el medio más eficaz para infundir en las almas horror al pecado y espíritu de penitencia.

El Padre Honorato, religioso franciscano, tan conocido por sus predicaciones evangélicas y por los frutos de salvación logrados con ellas, propagaba sin cesar la devoción a María, enseñando al pueblo a honrarla con prácticas diversas, especialmente la del rosario. A quienes le criticaban y le echaban en cara que perdía el tiempo, les respondía: “Esperad hasta el final de la misión y ya veréis par qué sirve la devoción a la Santísima Virgen y si he perdido el tiempo infundiéndola en los fieles y enseñándoles a rezar el rosario.”

La misión concluía siempre con la conversión de multitud de pecadores; con el restablecimiento de la piedad, la devoción y las prácticas religiosas, con la transformación total y la vuelta a la senda de la virtud de los pueblos evangelizados por el santo religioso

Todos saben que santo Domingo no conseguía resultado alguno cuando predicaba a los albigenses. Se le apareció la Santísima Virgen y le dijo: “Has de saber, hijo mío, que el medio de que se ha valido la Santísima Trinidad para restaurar el mundo ha sido el Ave María, que es la base del Nuevo Testamento. Por eso, si quieres ganar a los pecadores, predica mi rosario.” El santo, muy consolado y advertido por esta visión, se pone a predicar los misterios del rosario, infunde la devoción a la Santísima Virgen y en poco tiempo convierte más de cien mil herejes y una inmensa multitud de pecadores.

San Gregorio Taumaturgo, al ser consagrado obispo de Neocesarea, sólo encontró diecisiete cristianos en su diócesis. Acude a la Santísima Virgen, pone bajo su protección su episcopado, le pide la conversión de su grey y le ruega insistentemente que le dé a conocer el mejor modo de instruirla y ganarla para Dios. La Santísima Virgen escucha la plegaria de su fiel siervo, se le aparece resplandeciente de gloria, acompañada de san Juan Evangelista, al que ordena que explique a Gregorio los misterios de la fe y el modo de transmitirlos. En resumen, bendijo de tal modo los esfuerzos del santo obispo que a su muerte, sólo quedaban diecisiete paganos o herejes, cuando al tomar posesión de ella, lo eran casi todos.

El gran secreto de san Ildefonso, arzobispo de Toledo, para convertir a los pecadores, fue llevarlos a María. Y se sentía seguro de ellos al verlos perseverar en el culto de la que llamaba Reparadora del universo y Tesorera de las gracias. Era incansable su celo por hacer honrar a María; hablaba continuamente de ella y llegó a componer un libro en defensa de su virginidad perpetua. La Santísima Virgen no se dejó vencer en generosidad, y concedió al santo obispo muchísimos favores, de los que vamos a citar sólo uno.

El dieciocho de diciembre, día en que a la sazón se celebraba en España la fiesta de la Anunciación, Ildefonso se hallaba en su sitial para iniciar el oficio. La Reina del cielo se le apareció, acompañada de multitud de ángeles. Traía en la mano el libro que el santo había escrito acerca de su virginidad, y después de haberle manifestado su satisfacción, le regaló, como prenda de su amor, una magnífica casulla, al tiempo que le decía: “Porque has unido a una fe viva y a una conciencia pura gran celo por mi gloria, te entrego este ornamento, sacado de los tesoros de mi Hijo.” Este hecho quedó consignado en las actas de uno de los concilio de España, que instituyó una fiesta para perpetuar su recuerdo. Lo relatan Mariana, Baronio, Tritenus, san Francisco de Sales y muchos otros.

San Bernardino de Siena, ya desde su infancia, comenzó a servir a la Santísima Virgen y a rezar horas enteras ante una de sus imágenes. Un día la divina Madre se le apareció y le dijo: “Hijo mío, en recompensa por la piedad y amor que me profesas, te otorgo tres gracias: la primera, la vocación religiosa; la segunda, talento y dones especiales para anunciar la palabra de Dios y la conversión de los pecadores; y la tercera, sólida virtud y gran santidad.” Algún tiempo después, Bernardino llenaba Italia con sus predicaciones y con la fama de sus milagros: los pecadores más contumaces se convertían por su palabra; florecía por doquier la piedad; la virtud sustituía al vicio. El santo llegó a resucitar cuatro muertos a la vista de muchísimos testigos. Tales maravillas y frutos de salvación eran la recompensa de su devoción a María. Tenía en ella tal confianza que le pedía con la misma naturalidad un milagro que cualquier otro favor. De tanto predicar, su voz se había apagado casi por completo. Acudió a María y obtuvo la curación. Este santo nació, tomó el hábito religioso, hizo la profesión, dijo la primera misa y predicó su primer sermón, el ocho de septiembre, fiesta de la Navidad de la Santísima Virgen. Y murió este mismo día.

El señor de Nobletz, uno de los hombres más extraordinarios del siglo pasado, restableció la piedad y el espíritu de fe en toda Bretaña con sus instrucciones familiares y la

catequesis a los niños. Todo cuanto consiguió, se lo atribuía a la Santísima Virgen, como manifestó ante el Santísimo Sacramento, unas horas antes de morir. En aquellos momentos supremos declaró: es un deber de conciencia descubrir las extraordinarias gracias que Dios me ha otorgado por intercesión de María, mi divina Madre. Cuando realizaba mis estudios en Agen, tuve una gran crisis. La Santísima Virgen, a quien siempre he servido y amado, se me apareció, me consoló y me dijo: "Hijo mío, he conseguido para ti tres coronas: la primera, la de la virginidad, que conservarás intacta toda la vida, incluso en medio de los peligros a los que te expondrá tu ministerio; la segunda, la del menosprecio del mundo y desprendimiento de todas las cosas; y la tercera, la de doctor y maestro de vida espiritual; de modo que muchas almas se salvarán por ti."

No son, pues, de extrañar los frutos de salvación que logró este siervo de Dios.

San Felipe Neri, desde niño, se había impuesto el deber de no dejar pasar un solo día sin dedicar a María algunas prácticas de piedad. La llamaba su tierna Madre, su dulce dueña, sus delicias. Se esforzaba de continuo en hacerla amar e infundir su devoción. Cuando hablaba de ella, su rostro irradiaba gozo, los corazones de quienes lo escuchaban experimentaban incremento de fervor, e incluso, a veces, sentían deseos de abrazar la vida religiosa. Nunca daba una charla, exhortación o discurso, sin hablar de María. Jamás concluía la dirección de sus penitentes, ni las charlas con los que venían a consultarle, sin añadir unas palabras sobre de la devoción a la Santísima Virgen. "Hijos míos, honrad a María -decía-: es la dispensadora de las gracias. Si queréis la perseverancia, servid y honrar diariamente a María si queréis la conversión, pedídsela a María." Es incalculable el número de pecadores empedernidos que convirtió y apartó del vicio, prescribiéndoles ciertas prácticas de devoción a la Santísima Virgen. Con esta piadosa devoción transformó la ciudad de Roma y obró prodigios de gracias entre todos, particularmente entre los jóvenes.

El Padre Gonçalo da Silveira, de la Compañía de Jesús, tenía costumbre de encomendar todos sus proyectos a la Santísima Virgen. Al conocer que había sido destinado a las misiones de Etiopía, se empeñó en obtener la protección de la Santísima Virgen con toda clase de homenajes y plegarias. Diariamente, durante la travesía, pasaba varias horas en oración encomendándole la empresa a que la divina Providencia le destinaba y suplicándole con insistencia que concediese a los infieles que iba a evangelizar el don de la fe y la gracia de la salvación. Cada día reunía a los marineros y pasajeros para hablarles de las grandezas de la Madre de Dios e inspirarles la devoción a esta augusta Virgen. Al llegar al reino de Monomotapa, que era la meta de su viaje, intensificó sus plegarias y mortificaciones para lograr de la Madre de Dios que le facilitase la entrada en el reino y que dispusiera el corazón del príncipe al que había sido enviado para escuchar la verdad que venía a anunciarle. ¿Cuál fue el resultado de tal devoción y celo por la gloria de María? Sencillamente, que pese a todos los obstáculos que dificultaban la conversión de este rey idólatra, el santo misionero la consiguió gracias a la protección de aquella que es omnipotente. Le administró el bautismo, junto con más de trescientos de los principales del país. En fin, para colmo de dichas, después de haber preparado a los cafres para recibir el Evangelio, consiguió la corona del martirio. Éste es el éxito y la bendición otorgados a los trabajos de quienes se ponen bajo el amparo de María.

En la *Vida del Padre Francisco Vépèze*, muerto en olor de santidad el año 1617, el Padre de Varasco refiere que, por revelación, supo este santo que los demonios se quejaban sobre todo de dos tipos de personas que les causaban sensibles pérdidas, a saber: las que propagan la devoción a la Santísima Virgen y las que llevan el santo escapulario.

Un misionero ve un día acercarse a él, después de un sermón, a un venerable anciano que desea comunicarle algo importante.

- ¿Qué quiere decirme?

- Una... una...

Y se le quiebra la voz. El respeto hacia el ministro de Jesucristo le corta la palabra y no le permite contarle lo que Dios le había inspirado.

- Tranquilícese, buen hombre, hable con libertad.

- ¿Cómo? Yo, el más miserable de los hombres, ¿tener que recordar su deber al ministro de Dios? Nunca me decidiré a ello.

- No tenga ningún reparo; explíquese. ¿Qué es lo que no cumplo debidamente?

- Ministro de Jesucristo, se lamenta usted de que sus sermones tan conmovedores no consiguen la salvación de las almas. Pues bien, yo sé por qué.

- Dígame.

- Le falta algo fundamental.

- Por favor, explíquese.

- Pues mire, señor: se olvida de hablar de la Santísima Virgen. Sin ella está perdiendo el tiempo, pues el fruto de la palabra de Dios está en sus manos.

El misionero, un santo sacerdote, que ardía en deseos de salvar las almas, tuvo muy en cuenta la observación. Al día siguiente dio una instrucción sobre la devoción a la Santísima Virgen, y toda la ciudad se conmovió. Los pecadores se confesaron, y, desde aquel día, la misión tuvo éxito rotundo.

El misionero contó con frecuencia, en tercera persona, esta anécdota como prueba evidente de la necesidad de la devoción a María para ganar las almas para Dios y hacerlas progresar en la virtud.

ANEXO 2

El beato Herman, obispo de Suecia, tenía la piadosa costumbre de añadir en todas sus instrucciones unas palabras en honor de la Santísima Virgen para inspirar su devoción a los fieles. Se le apareció la Virgen a santa Brígida y le encargó que dijera al santo prelado que por esta costumbre ella lo serviría de madre, le conseguiría una santa muerte y se encargaría de presentar personalmente su alma a Dios.

Para honrar a María, un profesor componía canciones sobre sus grandezas y se las enseñaba a sus alumnos. La Santísima Virgen encargó también a santa Brígida que dijera a ese piadoso maestro que su trabajo sería recompensado, y que le reservaba en el cielo tantas coronas como cánticos había compuesto en su loor.

San Antonio refiere que la Santísima Virgen vino a asistir en la hora de la muerte a su fiel siervo santo Domingo y que llevó en triunfo su alma al cielo. Le concedió la misma gracia a san Felipe Neri, a san Francisco Regis, a san Alfonso María de Ligorio y a muchos otros, para premiarlos por el celo que todos ellos habían desplegado en hacerla honrar y extender su devoción.

San José de Calasanz, fundador de los Escolapios, no cesaba de propagar la devoción a la Santísima Virgen, y se impuso la obligación de acostumar a los niños a honrarla y rezarle cada día. Un día en que estaba rezando ante una de sus imágenes con todos sus alumnos, la divina Madre se apareció a todos y los bendijo. Seguramente concedió esa gracia a aquel gran santo para mostrarle lo grato que le resultaba su celo y para premiarle por lo que estaba haciendo en su honor.

Un santo religioso de la Compañía de Jesús, llamado Ignacio, abandonó por orden del cielo el oficio de predicador en el que sobresalía, para dar catequesis a los niños. Como

era muy devoto de la Santísima Virgen, se esforzaba continuamente en inspirar a sus alumnos idéntica devoción. Su celo lo impulsaba a dar la catequesis en las plazas públicas. En cada instrucción hacía que alguien contase un ejemplo o un milagro de la Santísima Virgen. El pueblo escuchaba las explicaciones que el santo religioso añadía con gran avidez y mucho fruto. Un día, en el mercado de Lisboa, preguntó a una multitud de campesinos si alguno de ellos quería rezar el Ave María. Por timidez o respeto humano, ninguno quiso hacerlo. Entonces un bebé de seis meses, en brazos de su madre, levantando la voz, inició con voz clara la salutación angélica y la rezó completa, ante el asombro de todos. La Santísima Virgen permitió aquel milagro para ratificar el ministerio de su siervo y dar a entender lo mucho que le agradaba su celo. En su lecho de muerte, aquel buen religioso fue visitado por María, que lo consoló y lo colmó de alegría y felicidad. Había pedido ser sepultado con el puntero que le había servido durante más de diecisiete años para enseñar las letras a los niños y darles el catecismo. Su petición fue atendida.

◆
¹ “Marcelino, por línea paterna, tenía una tía y una tía-abuela que eran Hermanos de San José... (Luisa) sor Teresa se retiró a casa de su hermano en 1791” (AA, págs. 13-14).

² La parte primera de esta divisa se encuentra frecuentemente en muchos autores espirituales, sobre todo del siglo XVII. La parte segunda debe interpretarse, como en Griñón de Montfort, en un sentido de humildad: pasar por María en cuanto se ofrezca a Jesús. Griñón llega incluso a decir: “Todo para María.” Véase sobre este asunto el comentario de JUAN MORINARY: Marie et la faiblesse de Dieu, le message spirituel du Père de Montfort. Éd. Nouvelle Cité, 1988, págs. 266-268.

³ Esta idea la confirma el Hermano Francisco cuando escribe al ministro en 1851, en su solicitud de autorización legal: “El señor Champagnat tuvo muchas dificultades para aprender a leer y escribir. Tales dificultades le hicieron sentir... la necesidad de formar buenos maestros para la instrucción de los niños del mundo rural” (AFM, ADL, V, 480).

⁴ El P. Champagnat escribe en su carta al rey Luis Felipe, el 24 de enero de 1834: “Les di el nombre de Hermanitos de María, totalmente convencido de que ese solo nombre atraería gran número de candidatos. El éxito inmediato, en pocos años, ha justificado mis previsiones y superado mis esperanzas” (LPC 1, doc. 34, pág. 100). Expresa la misma idea al ministro Salvandy, el 27 de noviembre de 1837 (LPC 1, doc. 159, pág. 307).

⁵ El registro de acuerdo de los Archivos de la diócesis de Lyon señala, el 12 de agosto de 1816, como fecha de su nombramiento para Lavalla: era lunes. Podemos suponer que desde el momento de salir de Lyon (24 de julio) sabe ya su nombramiento y que irá a Lavalla en cuanto pueda, por ejemplo, el sábado 3 o 10 de agosto (OM 4, pág. 220, nota).

⁶ Es el nombre dado en los libros maristas a aquel santuario del siglo XV, por la imagen de la Piedad que en él se encuentra. El nombre oficial es el de ermita de Leytra.

⁷ Cfr. Costa R., Francisco das Chagas, Champagnat - Primeiro Mês de Maria em La Valla, 1817. Marianum, Roma, 1983.

⁸ El P. Champagnat escribe desde París al Hermano Francisco, el 20 de mayo de 1828: “... Durante el trayecto, es decir, en la diligencia, hice con los que nos acompañaban el mes de María y rezamos el rosario...” (LPC 1, doc. 193, página 389).

⁹ El Hermano Francisco dice que “él recibió un ejemplar de manos del Padre Champagnat” (AFM, Mélanges, cuaderno 1, pág. 93).

¹⁰ En el caso de una población tan diseminada como la de Lavalla, era oportunísimo proponer la iglesia para los vecinos del pueblo y una casa determinada para cada caserío.

¹¹ Regla de 1837, cap. IV, art. 11, pág. 36.

¹² Éste era también el sentir del P. Colin, referido por el P. Mayet: “Confío en que cuantos mueran en la Sociedad serán predestinados, y que la Santísima Virgen hará que se retiren de la Sociedad los que no pertenezcan al número de los elegidos... porque serán corazones corruptos. Sí, mi confianza llega hasta ese extremo” (OM 2, doc. 425 (13), pág. 136).

¹³ Pierre Champallier, nacido en Lavalla en 1814 o 1815 (cfr. BI, vol. XXIV, página 505 y LPC 2, pág. 309).

¹⁴ El Hermano Justino, segundo de este nombre (Esteban Perret), nacido en Chamelet (Ródano), en 1814, salió para la misión de Oceanía y volvió para morir en Lyon en 1871 (CSG I, pág. 468 y XIII, pág. 305).

¹⁵ LPC 1, doc. 23, pág. 71 y doc. 260, pág. 493. También en el Testamento Espiritual.

¹⁶ El Sub tuum es una de las plegarias marianas más antiguas. Aparece ya en el siglo III (BI, n.º 213, 24).

¹⁷ La mayoría de los Hermanos comulgaban los jueves y domingos. Eran contadísimos quienes, como el Hermano Francisco, comulgaban diariamente.

- ¹⁸ Asunción, Inmaculada Concepción, Natividad, Anunciación, Visitación (AFM, Reglas Comunes de 1852, cap. VI, pág. 14, nota).
- ¹⁹ “Como Hermanos e hijos de María, debéis acudir a ella en todas vuestras necesidades, y renovar a diario vuestra consagración y entrega a su santo y grato servicio... hacerlo todo en unión con ella y bajo su amparo” (Regla de los Hermanitos de María, parte segunda, cap. XII, art. 5. AFM 362.1, Manuscritos del Hermano Francisco).
- ²⁰ “Los Hermanos pondrán el mayor empeño en inculcar a los niños gran devoción a la Santísima Virgen” (Regla de 1837, cap. IV, art. 14, pág. 37).
- ²¹ Jn 4, 23.
- ²² Lc 1, 44.
- ²³ Jn 2, 1-11.
- ²⁴ Jn 19, 25-27.
- ²⁵ “Todos los bienes que obtenemos del Señor nos vienen por intercesión de María. Y ¿por qué? Porque tal es la voluntad de Dios –responde san Bernardo–. Pero la razón concreta brota de este pensamiento de san Agustín: que a María se la llama con razón nuestra Madre, porque ha colaborado con su caridad a hacernos nacer a la vida de la gracia... La santa Iglesia quiere que la invoquemos con los títulos de vida, dulzura y esperanza nuestra” (S. ALFONSO DE LIGORIO, Obras dogmáticas, vol. VII, pág. 298. Éd. Casterman, 1867).
- ²⁶ Aquí, el Hermano Juan Bautista incluye un largo desarrollo que colocamos al final del capítulo, bajo el epígrafe Anexo 1.
- ²⁷ Aquí, nuevo desarrollo remitido al Anexo 2.
- ²⁸ “Llevarán siempre con ellos el escapulario y el rosario” (Reglas Comunes de 1852, parte primera, cap. VI, art. 13). “No basta con rezarlo, es conveniente llevarlo consigo, en el hábito... como arma defensiva y poderosa ayuda” (Regla de los Hermanitos de María, AFM, manuscrito, doc. 362.1; 262.2 y 362.3).
- ²⁹ De camino hacia París, el P. Champagnat escribe al Hermano Francisco desde Lyon, el 10 de enero de 1838: “He dejado olvidado mi rosario, envíemelo sin falta” (LPC 1, doc. 169, pág. 334).
- ³⁰ El señor Escipión Mourgue, prefecto desde el 23 de septiembre de 1830 hasta el 4 de mayo de 1831, dice al Consejo General: “Señores: esta Institución (de los Hermanos Marista) es tanto menos digna de apoyo cuanto que es del dominio público que sus miembros, por su deplorable ignorancia, lejos de enseñar a los niños los conocimientos más elementales, lo que hacen es perder el tiempo... Sin embargo, esta Institución se empeña obstinadamente en querer enseñar; una prueba es la temeraria resistencia que han opuesto en Feurs, para aceptar el método simultáneo, afortunadamente defendido por el alcalde, hombre enérgico e ilustrado” (RLF, pág. 82).
- ³¹ El 4 de mayo de 1831 fue sustituido por el señor De Norvins (LPC 2, página 13).
- ³² “A las cuatro y cincuenta minutos, Salve Regina, oración de la mañana seguida de la meditación...” (Reglas Comunes de 1852, parte primera, cap. IX, artículo 3).
- ³³ Dicha escritura, en letras mayúsculas, reproduce la de la Regla de 1852.
- ³⁴ LPC 1, doc. 259, pág. 492.
- ³⁵ Podría tratarse de José Antonio Falque (Hermano Cecilio), que entregó un franco (20 monedillas) y prometió entregar luego otros 100 francos (AFM, Cuaderno de Entradas, R.E. 1, pág. 96).
- ³⁶ Se trata del Hermano Juan Bautista, según el Hermano Avit (AA, págs. 50-52).
- ³⁷ El camino posible que siguieron atraviesa un puerto de 1202 metros de altitud: “la Croix de Chaubouret”.
- ³⁸ De Bourg-Argental al lugar del “Acordaos” hay unos diez kilómetros.
- ³⁹ Los pobladores de la casa eran José Donnet, su mujer María Magdalena Despinasse y la hija de ambos, María Antonieta, de cinco años.
- ⁴⁰ “En mi juventud me gustaba mucho ir a ver a mis primos los Donnet, donde siempre era bien recibido. En una de mis visitas, cuando ya llevaba el hábito religioso, el señor Donnet, padre, me enseñó muy ufano la cama en que había descansado el Venerable, una cama limpia, adornada con flores pintadas en los soportes de madera” (Escritos del Hermano Francisco María (Juan Claudio Naime) en los Archivos AFM 0144.0002). También en “Présence Mariste”, pág. 21 n.º 176, 1988.